

creyó que debía detenerse todavía en esta grave cuestion, porque no queria complicar la situacion y producir obstáculos á la pacificacion general, que esperaba y deseaba ardentemente, y que si llegaba á efectuarse, hacia mucho menos necesaria la regeneracion de la monarquía española. Si, por el contrario, la Inglaterra, guiada por los débiles y violentos sucesores de Mr. Pitt, se obstinaba en continuar la guerra á pesar de su aislamiento, entonces se proponia examinar seriamente la situacion de España (1), y adoptar con respecto á ella un par-

(1) Voy á llegar bien pronto á un asunto muy grave, el de la invasion en España, y se acerca el instante en que tendré que referir la catástrofe de los Borbones españoles, origen de una guerra atroz y funesta para los dos paises. Anuncio, desde luego, que provisto de los únicos documentos auténticos que existen, los cuales son muy numerosos, con frecuencia contradictorios, y solamente conciliables por medio de grandes esfuerzos de crítica, creó poder revelar el secreto, todavía desconocido de los desgraciados acontecimientos de aquella época, y que sobre muchos puntos no estaré de acuerdo con las obras que sobre el mismo asunto han visto la luz pública. No hablo de las mil rapsodias de los historiadores, que no tenian ni mision, ni informes ó datos ni se cuidaban mucho de la verdad. Hablo de los historiadores dignos de ser tomados en consideracion, de los que han sido admitidos, por un favor especial, en los archivos de los ministerios de Negocios estrangeros y de la Guerra, ó de los que habiendo, como el conde de Toreno, ocupado puestos elevados, tenian, ademas de la inteligencia de las cosas, los medios de hallarse bien informados de ellas. Me veré en la necesidad de rectificar las aserciones de unos y otros, porque sobre los asuntos de España no existe nada en el ministerio de Negocios estrangeros, porque el embajador Beauharnais ja-

tido decisivo. Por el momento solo pensaba en una cosa, y era en que desplegase mayor rigor contra el comercio británico, y la sumision de Portugal á sus vastos designios.

La España tenia en Paris, ademas de un embajador ordinario, que lo era el señor Maserano, agente oficial enteramente inútil, y encargado únicamente de la parte honorifica de su papel, al señor Izquierdo, agente secreto del principe de la Paz, que gozaba de toda su confianza, y con quien se habia negociado el convenio rentístico estipulado en 1806 entre el tesoro español y el tesoro francés. Este era el que en realidad se hallaba únicamente encargado de los negocios, y era muy á propósito para ello por su disimulo y por su conocimiento de los secretos de la córte de España. Los infortunados soberanos del Escorial, creyendo que no

más supo el secreto de su gobierno, y en el ministerio de la Guerra solo se encuentra la relacion detallada de las operaciones militares, y esta incompleta algunas veces. Por último, en cuanto á los historiadores españoles no han podido conocer el secreto de las resoluciones que se adoptaban en Paris. Todo se halla en los papeles particulares de Napoleon depositados en el Louvre, los cuales contienen simultáneamente los documentos franceses y españoles cogidos en Madrid. En estos documentos, con frecuencia contradictorios, como acabo de decir, no se penetra la verdad sino á fuerza de comparaciones y de crítica. Por las diversas notas, que contra mi costumbre, me veré precisado á colocar al pie de las páginas de este libro, se conocerá el esfuerzo y los afanes que he tenido que emplear, aun con documentos auténticos, para llegar al descubrimiento de la verdad. Desde ahora declaro que todos los historiadores que hacen remontar hasta Tilsit los proyectos de Napoleon sobre la España, se han equi-

eran suficiente aquellos dos agentes para conjurar el supuesto enojo de Napoleon, idearon enviarle otro, que con el título de embajador extraordinario, fuese á felicitarle por sus victorias y á manifestarle por ellas una alegría que estaba muy lejos de sentir. Para tan fastuoso y pueril papel se eligió al duque de Frias, y se pidió el permiso para enviarle á París. No se necesitaban tantos homenajes para desarmar á Napoleon; un poco mas de actividad contra el enemigo comun, le hubiera aplacado mucho mejor que las mas magnificas embajadas. Napoleon que no queria inquietar mas de lo necesario á esta córte que reconocia sus yerros, recibió con muchas consideraciones al duque de Frias, se dejó felicitar por sus triunfos, y des-

vocado: que los que han supuesto que Napoleon se aseguró en Tilsit el consentimiento de Alejandro, para lo que proyectaba hacer en Madrid, y que se apresuró á firmar la paz del Norte, para ocuparse mas pronto de los negocios del Mediodía, se han engañado igualmente. Napoleon no convino en Tilsit mas que en una alianza general que le garantizase la adhesion de la Rusia á todo cuanto hiciese por su parte, puesto que se dejaba á aquella potencia dueña de obrar como gustase. En aquella época no conceptuaba urgente el mezclarse en los negocios de España: estaba muy resentido por la proclama del principe de la Paz; pensaba en esplicarse algun dia, adoptar sus medidas, é imponer despues la paz á la Inglaterra amenazándola con una completa exclusion del continente; y en servirse del gabinete de Madrid para atraer al de Lisboa á sus proyectos. Bien pronto veremos, cómo, y por qué razon se decidió á mezclarse en los asuntos de España. Rectifico desde ahora este error, como rectificare los demas á medida que lo exijan el órden de los hechos, y la marcha de mi narracion.

pués dijo al nuevo embajador, repitió al antiguo, y manifestó al señor Izquierdo, que era el mas activo de los tres, que agradecia las felicitaciones que se le dirigian por sus triunfos y por el restablecimiento de la paz continental, pero que de esta habia de provenir la paz marítima: que no se llegaria á este resultado tan ventajoso para la España y sus colonias, sino intimidando al enemigo comun por un concurso enérgico de esfuerzos, y por la prohibicion absoluta de su comercio; que era pues preciso apoyar á la Francia, y con este objeto exigir del Portugal una adhesion inmediata y completa al sistema continental: que no queria una exclusion fingida de los ingleses de Oporto y Lisboa, sino una exclusion completa, seguida, de una declaracion de guerra inmediata, y del secuestro de todas las mercaderías británicas: que si el Portugal no accedia desde luego, era necesario que la España previniese sus tropas, porque él tenia ya preparadas las suyas y que se invadiese al momento el Portugal, no por ocho ó quince dias como sucedió en 1801, sino por todo el tiempo de la guerra, y tal vez para siempre, segun las circunstancias. Los tres enviados de España se inclinaron al escuchar aquella declaracion, que debian transmitir sin demora á su gabinete.

Napoleon mandó llamar al mismo tiempo al señor de Lima, embajador de Portugal, y le previno que si en el tiempo rigorosamente necesario para escribir á Lisboa y recibir la respuesta, no se le prometia la exclusion de los ingleses, el secuestro de su comercio y de sus cosas, y una declaracion de guerra, era preciso que tomase su pasaporte, y que un ejército francés se dirigiria desde Ba-

yona á Salamanca y desde esta ciudad á Lisboa; que así convenia á la política acordada entre las grandes potencias, y era indispensable para el restablecimiento de la paz en Europa. Napoleon, en su lucha con los ingleses, exigia mucho rigor contra sus personas y propiedades, porque no ignoraba que se habia ya estipulado una esclusión simulada entre las córtes de Lóndres y de Lisboa, y que era urgente que ésta se comprometiese enteramente, si se queria llegar á un resultado grave. La série de los sucesos probará que sus cálculos eran exactos. Como por otra parte habia visto á los ingleses cuando el rompimiento de la paz de Amiens, apoderarse de mas de cien millones de valores, y de un gran número de comerciantes franceses que navegaban bajo la fé de los tratados, buscaba por todas partes rehenes tanto en hombres como en mercancías.

El señor Lima prometió escribir inmediatamente á su córte, y así lo hizo en efecto. Pero Napoleon no se contentó con una simple declaracion de su voluntad, y previendo muy bien que aquella declaracion no seria eficaz sino iba acompañada de una demostracion armada, dió sus disposiciones para reunir en pocos dias en Bayona un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, pronto á renovar contra el Portugal la expedicion de 1801. Ya recordarán sin duda los lectores que algunos meses antes, cuando se aprovechaba de la inaccion del invierno para llevar á cabo el sitio de Dantzic, y preparar á su espalda un ejército de observacion que le garantizase contra toda tentativa del Austria y de la Inglaterra, habia pensado en tener disponibles las tropas acampadas en las costas, reemplazándolas

por cinco legiones de reserva, de seis batallones cada una, cuya organizacion debia confiarse á cinco generales antiguos que habian llegado á ser senadores. Trascurridos cuatro meses, escribió á los senadores encargados de aquella organizacion para saber si podria disponer ya de dos de los seis batallones de cada una de las legiones. Confiando hasta su llegada, en el temor que debia inspirar á los ingleses el próximo regreso del grande ejército, y persuadido de que las expediciones al continente, de que se decia que se ocupaban ya hacia mucho tiempo, no se dirigirian á las costas de Francia, teniendo tomadas todas las precauciones en las de Holanda, Han over, la Pomerania y la antigua Prusia, no titubeó en desguarnecer las de Normandía y Bretaña, y mandó que se reuniesen en Bayona de las tropas repartidas entre los campamentos de Saint-Ló, Pontivy y Napoleon-Vendee. Cada uno de estos campos, formados de los terceros batallones y de algunos regimientos completos, formaba una buena division, y debia, con los depósitos de dragones reunidos en Versalles y San German, y con los destacamentos de artillería sacados de Rennes, de Tolosa y de Bayona, componer un escelente ejército de cerca de veinte y cinco mil hombres. Este ejército recibió orden de concentrarse inmediatamente en Bayona. Napoleon escogió para mandarle al general Junot, que ya conocia el Portugal, donde habia sido embajador, que era buen oficial, muy adicto á su gefe, y que como gobernador de París no habia cometido mas falta que la de entregarse demasiado á sus placeres. Suponíase que tenia relaciones que producian algun escándalo con una de las princesas de la familia im-

perial, y Napoleon conciliaba con esta eleccion muchos inconvenientes. Estas medidas se tomaron ostensiblemente y de manera que la España y Portugal no pudiesen ignorar cuán trascendentales serian las consecuencias de una negativa. Al mismo tiempo se espidieron las órdenes necesarias para que dos batallones de cada una de las legiones de reserva, estuviesen prontos á reemplazar en las costas á las tropas que se iban á retirar de ellas.

Con el mismo espíritu se ocupó Napoleon en aquel momento de los asuntos de Italia. Allí, como en todas partes, su primer cuidado fué el redoblar su rigor contra el comercio inglés, siempre con la intencion de hacer al gabinete de Lóndres mas sensible á las proposiciones de la Rusia. La reina de Etruria, que como es bien sabido, era hija de los monarcas de España, establecida por Napoleon en el trono de Toscana, y que por la muerte de su esposo habia llegado á ser regente de aquel bello reino á nombre de su hijo (1), le gobernaba con la negligencia de una muger, de una española, y con poca fidelidad á la causa comun. Los ingleses ejercian el comercio en Liorna, con tanta libertad como en un puerto de su nacion. Napoleon habia reunido todos los depósitos del ejército de Napoles en las Legaciones, y con su acostumbrada vigilancia, los tenia constantemente provistos de conseriptos y de material. Ordenó al príncipe Eugenio que sacase de ellos una division de cuatro mil hombres y la dirigiese por el Apenino sobre Pisa, que cayese de improvise sobre el comercio

(1) Despues príncipe de Luca y de Parma.

inglés de Liorna, que se apoderase de las personas y de las cosas, y declarase en seguida á la reina de Etruria que habia ido para preservar aquel puerto importante de toda tentativa enemiga, tentativa posible y probable desde que la guarnicion española se habia incorporado al ejército del marqués de la Romana en el Hanover. Al mismo tiempo que decretaba aquella expedicion, dispuso que á las órdenes del general Lemarrois penetrasen á la deshilada en las provincias de Urbino, de Macerata y de Fermo, destacamentos de tropas para ocupar en ellas el litoral, arrojar á los ingleses, y preparar arribadas ó escalas seguras al pabellon francés que debia presentarse bien pronto en aquellos mares. Napoleon acababa en efecto de recobrar las bocas del Cattaro, Corfú y las islas Jónicas. Se proponia aprovecharse de las circunstancias para conquistar la Sicilia, y queria cubrir con sus buques la superficie del Mediterraneo. Encargó igualmente al general Lemarrois que observase el espíritu de aquellas provincias, y que si la propension que en lo general tenian las provincias de la Santa Sede de libertarse del gobierno teocrático, para pasar al del príncipe Eugenio, llegaba á manifestarse en ellas, no las opusiese obstáculos ni contradiccion.

En aquel momento, la disension con la Santa Sede, cuyo origen hemos referido ya en otra parte, aunque sin espresar sus continuas y diarias vicisitudes, hacia cada vez mayores progresos. El papa que habia marchado á París para consagrar á Napoleon, habia vuelto, aunque con muchas satisfacciones morales y religiosas, con el disgusto temporal de no haber recobrado las Legaciones.

despues habia visto que su independencia no era mas que nominal por la estension del poder francés en Italia, y concibió tan gran resentimiento que ya no podia disimular. En vez de entenderse con un soberano tan respetable, contra quien nada podian entonces ni aun las naciones de primer orden, que por otra parte solo deseaba el bien de la religion, y no cesaba de hacérselo, que no pensaba en apoderarse de la soberanía de Roma, y únicamente pedia que se condujera como buen vecino con los nuevos estados franceses fundados en Italia, el papa habia cometido el error de ceder á desagradables sugeriones, tanto mas poderosas en su ánimo, cuanto se hallaban en armonía con sus sentimientos secretos. Animado de semejantes disposiciones, habia contrariado á Napoleon en todos los arreglos relativos al reino de Italia: habia pretendido reservarse en él todos los derechos del pontificado, mucho mayores en Italia que en Francia, y no habia querido admitir un concordato igual entre los dos paises. En Parma y en Plaseacia, sufría las mismas exigencias y contrariedades, y á estas desavenencias se unieron otras de carácter personal. El príncipe Gerónimo Bonaparte, durante sus campañas marítimas en América, habia contraído matrimonio con una señorita muy bella y de buen nacimiento, pero en una edad que hacia nulo aquel enlace, por la falta de consentimiento de sus padres. Napoleon que queria, casando á aquel príncipe con una princesa alemana, fundar un nuevo reino en Westfalia, se habia negado á reconocer un matrimonio nulo con arreglo á la ley civil y á la religiosa, y que contrariaba hasta el mas alto punto sus proyectos polí-

ticos. Recurrió á la Santa Sede pidiendo la anulacion, y el papa se opuso á ella formalmente. Por último, la ciudad de Roma, y esto era una hostilidad mas abierta, y que ningun escrúpulo religioso podia justificar, la ciudad de Roma habia llegado á ser el refugio de todos los enemigos del rey José. Además de que el papa habia protestado contra el establecimiento del reino francés en Nápoles en su cualidad de antiguo señor feudal de la corona de las Dos Sicilias, habia recibido, y casi atraído á su lado á los cardenales que se habian negado á prestar obediencia al rey José. Habia tambien dado asilo á todos los malhechores que infestaban los caminos del reino de Nápoles, y que se refugiaban públicamente en los arrabales de Roma, manchados todavía con la sangre de los franceses, sin que jamás se pudiera obtener justicia ni la extradicion de ninguno de ellos.

Napoleon, en su viage de Tilsit á París, escribió desde Dresde al príncipe Eugenio, que defendía á la corte de Roma, esponiéndole sus quejas, y previniéndole que se las comunicase al Vaticano, ó hiciese entender al pontífice que, aun cuando su paciencia era sumamente grande se iba ya apurando, y que sin tocar á la autoridad espiritual del papa, no vacilaría, si era necesario, en despojarle de la temporal. Tales eran entonces las relaciones con la corte de Roma, y ellas esplican la facilidad con que Napoleon tomó las medidas que acabamos de manifestar en la parte del litoral del Adriático, dependiente de la Santa Sede.

En el tratado de Tilsit se estipuló la restitucion de las bocas del Cattaro, y la cesion de Corfú y de todas las islas Jónicas. Ninguna posesion

habia deseado tanto Napolcon, ni halagado tanto su mente, pues en ella veia el complemento de sus provincias de Iliria, la dominacion del Adriático, un camino para las provincias turcas de Europa que le estaban destinadas en caso de efectuarse la particion del imperio otomano, y en fin, un medio mas para enseñorearse del Mediterráneo, en donde queria reinar absolutamente para indemnizarse del Océano, que bien á pesar suyo habia tenido que abandonar á la Inglaterra. Como los rusos, despues de la paz de Presburgo, se habian aprovechado del momento en que la guarnicion austriaca iba á ser relevada por la francesa, para apoderarse de los fuertes del Cattaro; Napolcon, que no quería que los ingleses hiciesen otro tanto aquella vez, habia dado órdenes desde Tilsit al general Marmont, para que las tropas francesas estuviesen ya reunidas al pie de las murallas de Cattaro, cuando se retirasen los rusos. Lo que habia mandado se ejecutó puntualmente, y las tropas que entraron en Cattaro ocupaban sólidamente aquella importante posicion marítima.

Pero interesándole mas Corfú y las islas Jónicas que las bocas del Cattaro, mandó á su hermano José que hiciese marchar secretamente hácia Tarento, y de modo que no inspirasen sospecha alguna á los ingleses, al 5.º de línea italiano, el 6.º de línea francés, algunas compañías de artillería; obreros, municiones, oficiales de estado mayor, el general César Berthier, encargado de mandar la guarnicion, y que formase muchos convoyes que se trasladarian en lanchas desde Tarento á Corfú. Como la travesía era de muy pocas leguas, bastaban cuarenta y ocho horas para pasar

en varios viages los cuatro mil hombres que componian la espedicion. El almirante Siniavin, jefe de las fuerzas rusas en el Archipiélago, era el encargado de hacer la entrega de las islas Jónicas, lo cual ejecutó con el mayor disgusto, y sin procurar disimularlo, porque la marina rusa, dirigida en general ó por oficiales ingleses, ó rusos que habian recibido su educacion científica en Inglaterra, era mucho mas hostil á los franceses, que el mismo ejército que acababa de combatir en Eylau y en Friedland. Sin embargo, aquel almirante obedeció y entregó á las tropas francesas las excelentes posiciones, cuya custodia le habia estado confiada. Fundabase su pesar en dos motivos, porque ademas de lo costoso que le era el abandonar á Cattaro, Corfú, y las siete islas, iba á encontrarse en medio del Mediterráneo sin poder volver á entrar en el mar Negro por los Dardanelos, á causa del rompimiento con los turcos, y tenia que atravesar el estrecho de Gibraltar, la Mancha y el Sund, por medio de las escuadras inglesas, que segun el estado de las negociaciones entabladas, podian dejarle pasar ó detenerle. Napolcon habia previsto todas estas complicaciones, y habia asegurado á los almirantes rusos que encontrarían en los puertos del Mediterráneo, tanto en los de Italia y Francia, como en los de España y Portugal, arribadas sin riesgos, víveres, municiones y medios de reparar sus buques. Escribió á Venecia, á Nápoles, Tolon, Cadiz y aun á Lisboa, á sus prefectos marítimos, á sus almirantes y á sus cónsules, y les recomendó, que donde quiera que se presentasen las escuadras rusas las recibiesen con distincion, suministrándoles quanto necesitara-

sen. En Cadiz particularmente, donde tenia Napoleon por representante al almirante Rosily, comandante de la escuadra francesa que habia quedado en aquel puerto despues de la batalla de Trafalgar, y en donde habia mas probabilidades de que los rusos buscasen un asilo, mandó al almirante francés que tuviese preparados los socorros necesarios que no debia esperar de la administracion española, habituada á dejar morir de hambre á sus propios marineros, y le autorizó si era preciso, para que empeñase su firma á fin de obtener de los banqueros españoles los indispensables fondos.

Las fuerzas navales rusas, advertidas por su gobierno y por el de Francia, se retiraron en dos divisiones en diferentes vias. La que conducia la guarnicion de Cattaro, hizo rumbo hácia Venecia, en donde dejó las tropas rusas, que Eugenio recibió con las mayores consideraciones. La division que llevaba las tropas de Corfú, las desembarcó en Manfredonia, en el reino de Nápoles, y se dirigió en seguida hácia el estrecho, á las órdenes de Siniavin. Este almirante, que aun no habia entrado en las miras de su soberano, no tenia deseos de detenerse en ningun puerto francés, ó dependiente de la influencia francesa, y se lisonjaba de volver á los mares del Norte, antes que las negociaciones entre su córte y la de Inglaterra vienesen á parar en un rompimiento.

La intencion de Napoleon no era limitarse á las precauciones que habia ya adoptado para las provincias del Adriático y del Mediterráneo, pues le parecia insuficiente el cuerpo de cuatro mil hombres que acababa de dirigir á Corfú, y sabia

muy bien que los ingleses no dejarian de hacer grandes esfuerzos en caso de que se prolongase la guerra, para arrancarle las islas Jónicas, cuya importancia podia contrabalancear la de Malta. Así fué, que mandó marchar tambien alli al 14 ligero francés, y otros muchos destacamentos; de modo que las fuerzas francesas é italianas ascendian á siete ú ocho mil hombres, sin contar algunos albaneses y griegos que se habian alistado á las órdenes de oficiales franceses para guarnecer las islas pequeñas. Cinco mil hombres debian permanecer en Corfú, y mil quinientos en Santa Maura: otros quinientos debian guardar el puesto de Parga, en el continente del Epiro. En cuanto á Zante y Cefalonia, Napoleon no quiso tener alli mas que simples destacamentos franceses para sostener y contener á los albaneses. No queriendo verse espuesto, como lo habia estado en Malta, á perder por el hambre una posicion que el enemigo no podia tomar por la fuerza, dió orden al príncipe Eugenio y al rey José que hiciesen partir de Ancona y de Tarento, por medio de barcos italianos, y con todos los vientos favorables, cargamentos de trigo, galleta, pólvora, proyectiles, fusiles, cañones y cureñas, y que continuasen las remesas sin interrupcion hasta que se reuniese en Corfú la suficiente provision de cosas necesarias para una larga defensa. No contando mucho con la solvencia del tesoro de Nápoles, sacó de la caja de Turin, cuantiosas sumas en oro, para pagar al corriente á las tropas, y á los obreros que se empleasen en construir las fortificaciones. A las remesas de recursos que acabamos de enumerar, acompañaban instrucciones admirables para el general César Ber-

thier (hermano del mayor-general), en las cuales se hallaban previstos todos los casos, é indicada la conducta que debía observarse en todas las eventualidades imaginables.

El general Marmont, que habia ya construido muy buenos caminos en las provincias de Iliria que administraba con mucho celo é inteligencia, recibió orden de continuarlos hasta Ragusa y Cattaro, y practicar reconocimientos hasta Butrinto, punto de la costa del Epiro, situado en frente de Corfú, y preparar los medios de conducir á él con rapidez una division. A este efecto pidió Napoleon á la Puerta que le cediese á Butrinto para poder disponer con mas libertad de aquella posicion, desde la cual era muy facil enviar socorros á Corfú, lo cual le fué concedido sin dificultad. En fin, reclamó y obtuvo tambien el establecimiento de paradas de tártaros, desde Cattaro hasta Butrinto, para que el general Marmont tuviese pronto aviso de cualquiera aproximacion del enemigo, y pudiese acudir con diez ó doce mil hombres, fuerza suficiente para hacer volver á los ingleses al mar, si intentaban un desembarco. A estos medios agregó los que el concurso de la marina podia ofrecerle. Envió desde Tolon al capitán Chaunay-Duelos, con las fragatas *Pomona* y *Paulina*, y la corbeta *Victoriosa*, para que formase en Corfú la base de una marina. Mandó ademas que se construyesen en el puerto de Corfú dos grandes bricks, y que se tripulasen con marineros del pais, y con algunos destacamentos de tropas francesas. Esta pequeña y naciente marina compuesta de fragatas y de bergantines, debía cruzar sin cesar entre la Italia y el Epiro, y entre Corfú y las demas islas, de modo

que estuviese siempre abierto el paso á los buques mercantes franceses, y cerrado á los del enemigo.

Al dirigir al rey José, al príncipe Eugenio y al general Marmont aquellas multiplicadas instrucciones, no tan solo con el tono imperioso con que dictaba siempre sus órdenes, sino con el lenguaje apasionado que usaba cuando sus mandatos se hallaban enlazados con alguno de sus grandes pensamientos, Napoleon les escribia: «Estas medidas forman parte de un conjunto de proyectos que no podeis conocer. Sabed únicamente que en el estado del mundo, la pérdida de Corfú, seria la mayor desgracia que pudiera ocurrir al imperio.»

Estos proyectos eran en efecto conocidos de muy pocas personas en Europa. El mismo Mr. de Talleyrand, negociador de Napoleon en Tilsit, no tenia mas que una idea muy incompleta de ellos. No los sabian mas que Alejandro y Napoleon, que en sus largas conferencias a orillas del Niemen, se habian prometido entenderse sobre la particion que debía hacerse del imperio turco, particion en que el uno buscaba el resarcimiento de la grandeza francesa, y el otro la compensacion de la ruina del imperio turco, que la molicie asiática no podia ya defender contra la energia europea. Napoleon estaba muy distante de querer apresurar aquel resultado. Alejandro, por el contrario, lo deseaba ardientemente, lo cual era lo que constituia el peligro de su alianza. Pero previendo los sucesos, Napoleon queria hallarse preparado para invadir las provincias turcas situadas á su alcance, y aun cuando esta necesidad podia presentarse ó no, esperaba hacerse dueño del Mediterráneo. Creia que apoderándose de aquel mar, que era la comunica-



cion mas corta entre el Oriente y el Occidente, podia consolarse con no ser mas que el segundo en el Océano. Asi es que Napoleon estaba decidido, el mismo dia que se firmó la paz de Tilsit, á recobrar la Sicilia, que miraba como suya desde que habia tomado á Nápoles para uno de sus hermanos; y esperaba obtenerla, bien porque se la abandonasen los ingleses, si los rusos lograban negociar la paz, ó bien por la fuerza de las armas si continuaba la guerra. Asi es, que desde fines del invierno comenzó á comunicar órdenes á su ministro de marina, para que dirigiese sus escuadras al puerto de Tolon, y preparóse de este modo una grande espedicion contra la Sicilia.

Contrariadas aquellas órdenes por las circunstancias y por la insuficiencia de los recursos, se reiteraron con mas fuerza despues de firmada la paz continental. El mismo dia en que se celebró el tratado de paz en Tilsit, Napoleon escribia á cuatro personas simultaneamente, al príncipe Eugenio, al rey José, al rey Luis de Holanda, y al ministro de marina, que concluida la guerra en el continente, era preciso pensar en el mar, y procurar sacar algun partido de la inmensidad de costas que poseia. La Inglaterra tenia sin duda la ventaja de su posicion insular, fundamento inalterable de su grandeza marítima, pero la posesion de todas las costas europeas, desde Kronstadt á Cádiz, desde Cádiz á Nápoles, y desde Nápoles hasta Venecia, era tambien un elemento de poderio marítimo, y un medio terrible si habia habilidad y tiempo para manejarle. Napoleon profirió en Berlín entusiasmado por sus victorias, la espresion de *que era necesario dominar el mar por medio de la*

*tierra.* Acababa de realizar de aquel pensamiento cuanto era realizable, obteniendo en Tilsit la union voluntaria ó forzada de todas las potencias del continente contra la Inglaterra; era, pues, necesario aprovechar aquella union, antes que la dominacion continental de la Francia llegase á ser mas insoportable al mundo que la dominacion marítima de la Inglaterra.

Veinte y dos meses habian trascurrido desde la fatal batalla de Trafalgar, en la que el pabellon francés habia desplegado un heroísmo sublime en medio de un inmenso desastre. Aquellos veinte y dos meses se habian empleado con alguna actividad y alguna gloria, al menos con la que se debe al valor que no abaten los reveses. El almirante Decrés, que continuaba prestando servicios á la impetuosa voluntad de Napoleon con su profunda esperiencia y su talento superior, no siempre conseguia persuadirle que en la marina no se suplía con la voluntad, con el valor, con el dinero, ni aun con el ingenio, al tiempo y una larga organizacion. Habia propuesto á Napoleon el sustituir al sistema de grandes batallas navales, el de cruceros muy divididos y lejanos. En este sistema habia la ventaja de aventurar menos de una vez, de adquirir navegando la esperiencia que faltaba, de causar grandes daños al comercio del enemigo, y de tener en fin la probabilidad de encontrar al adversario con menor fuerza numérica, porque el mar por su misma inmensidad, es el campo de la casualidad. Semejante sistema merecia, seguramente, que se hubiese ensayado, y habria producido incontestables ventajas sobre el otro, si la desproporcion numérica de las fuerzas francesas

con las de los ingleses no hubiera sido tan grande, y si nuestros establecimientos lejanos no estuvieran tan arruinados y tan exhaustos de recursos.

Con arreglo al plan de Mr. Decrés, se habian preparado varios cruceros en Brest, Rochefort y Cádiz, para hacerlos salir á fines de 1805 aprovechando los vientos del otoño. Una division de cuatro fragatas habia salido para cruzar el mar de las Indias, destruir en él al comercio inglés, y hacer vivir á la isla Borbon y la de Francia con los productos del corso, puesto que ya no hacian tráfico alguno. Aquellas fragatas que llegaron con felicidad, proporcionaron efectivamente á las dos islas abundantes recursos. El capitán L'Hermitte, con el navio *Régulo*, las dos fragatas *Cibeles* y el *Presidente*, y dos bergantines el *Vigilante* y el *Diligente*, habia salido del puerto de Lorient el 30 de octubre de 1805, y hecho vela hacia las Canarias. Siguiendo la costa de Africa, habia recorrido de Norte á Sur una estension de muchos centenares de leguas, para apoderarse de los buques ingleses que en aquellos parages se dedican al tráfico de negros, y habia apresado ó destruido un gran número de ellos; porque el almirantazgo inglés, no previendo la visita de un crucero francés en aquellas aguas, no habia tomado ninguna medida de precaucion. Despues de cruzar durante los meses de diciembre, enero, febrero y marzo, de causar mucho daño y hacer muchas presas, aquella division, privada del bergantin *Vigilante* que habia enviado á Francia para que diese noticias suyas, trató de hacer escala para reparar sus buques y aparejos, proporcionarse víveres frescos, y que

descansasen las tripulaciones. No atreviéndose á volver á Francia en la buena estacion, ni queriendo ir á nuestras Antillas que estaban siempre muy observadas, ni teniendo muchos puertos de arriba franceses ó aliados en que escoger, se dejó llevar de los vientos alisios que la condujeron hacia la costa de América; bajó despues en abril á San Salvador, puerto del Brasil, en donde tenia probabilidades de encontrar víveres y vender con ventajas los negros apresados á los traficantes ingleses. Al cabo de veinte y dos dias se hizo otra vez á la vela para cruzar en las aguas de Rio Janeiro, fué perseguida en varias ocasiones por los navios ingleses que iban á la India, subió á la altura de las Antillas, continuó haciendo presas, y el 19 de agosto la asaltó un huracan espantoso y de los mas horribles que se habian experimentado en aquellos mares de veinte y cinco años á aquella parte, lo cual la obligó á dispersarse. El *Régulo*, despues de haber perdido de vista sus fragatas y de buscarlas inútilmente, volvió á entrar en Brest el 3 de octubre de 1806, al cabo de una navegacion de cerca de un año. La fragata *Cibeles* desmantelada huyó á los Estados Unidos, y la *Presidente*, separada de su division, fué capturada.

A pesar de los accidentes que sobrevinieron al finalizar este crucero, accidentes inevitables despues de desafiar durante once meses las eventualidades del mar y de la guerra, hubieran podido aceptarse de la fortuna iguales condiciones para todos nuestros cruceros. El capitán L'Hermitte habia destruido veinte y seis buques enemigos, hecho quinientos setenta prisioneros, inutilizado mas de cinco millones de valores, y conducido